

Mensaje de Juan Pablo II al cardenal Johannes Willebrands,
Presidente del Secretariado para
'UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

A mi venerado hermano cardenal Johannes Willebrands, Presidente del Secretariado para la unión de los cristianos. El 10 de noviembre de 1983 se celebra el 500 aniversario del nacimiento del Dr. Martín Lutero por Eisleben.

El 10 de noviembre de 1983 se celebra el 500 aniversario del nacimiento del Dr. Martín Lutero. En esta ocasión numerosos cristianos, especialmente de confesión evangélica-luterana, recuerdan ese teólogo que, al umbral del tiempo moderno, ha contribuido de manera sustancial al cambio radical de la realidad eclesial y sacra de Occidente. Nuestro mundo vive todavía hoy la experiencia de su gran impacto sobre la historia.

Para la Iglesia Católica el nombre de Martín Lutero está vinculado, a través de los siglos, al recuerdo de un período doloroso y, en particular, a la experiencia del origen de profundas divisiones eclesiales. Por esta razón, el 500 aniversario del nacimiento de Martín Lutero debe ser para nosotros motivo de meditar, en la verdad y la caridad cristiana, sobre ese acontecimiento lleno de historia que fue la época de la reforma.

Por lo tanto, conocidas personalidades e instituciones de la cristiandad luterana indicaron la conveniencia de que el año dedicado a Lutero se caracterice por un genuino espíritu ecuménico y que el discurso sobre Lutero contribuya a la unidad de los cristianos. Acojo con satisfacción esta intención y os veo una invitación fraterna para llegar juntos a un profundo y una más completa visión de los acontecimientos históricos y a una reflexión crítica sobre la herencia múltiple de Lutero.

En efecto, las investigaciones científicas de estudiosos evangélicos y católicos, investigaciones cuyos resultados ya han alcanzado importantes puntos de convergencia, han llevado a delinear un cuadro más completo y más diferenciado de la personalidad de Lutero y la trama compleja de la realidad histórica, social, política y eclesial de la primera mitad del siglo XVI.

Las decisiones tomadas tenían raíces mucho más profundas. En la disputa sobre la relación entre fe y tradición, estaban en juego cuestiones de fondo sobre la recta interpretación y la recepción de la fe cristiana, las cuales tenían en sí un potencial de división eclesial no explicable con sus razones históricas.

Por lo tanto un doble esfuerzo es necesario, tanto respecto de Martín Lutero, como en la búsqueda del restablecimiento de la unidad. En primer lugar es importante seguir un concienzudo trabajo histórico. Se trata de llegar, a través de una investigación sin prejuicios, exclusivamente motivada por la búsqueda de la verdad, a una imagen justa del reformador, de toda la época de la reforma y las

personas que estuvieron implicadas. La culpa, donde existe, debe ser reconocida, desde cualquier parte que se encuentre, cuando la polémica ha ofuscado la mirada, la dirección de esta mirada debe ser correcta independientemente de una u otra parte. Además, no debemos dejarnos guiar por la intención de ejercer como jueces de la historia, sino únicamente el de comprender mejor los acontecimientos y de convertirse en portadores de verdad. Sólo haciéndonos, sin reservas, en una actitud la purificación a través de la verdad, podemos encontrar una interpretación común del pasado y alcanzar al mismo tiempo un nuevo punto de partida para el diálogo de hoy.

Y esta es precisamente la segunda cosa que se impone. El esclarecimiento de la historia, el cual se dirige al pasado en su significado que aún perdura, debe ir a la par con el diálogo de la fe que, en el presente nosotros emprendemos para buscar la unidad. Este diálogo encuentra su base sólida, según los escritos confesionales evangélico-luteranos, en lo que nos une incluso después de las divisiones y fundarlo: En la Palabra de la Escritura, en las Confesiones de fe, y en los Concilios de la Iglesia antigua. Confío por tanto, Señor Cardenal, que, sobre estas bases y en este espíritu, el Secretariado para la Unidad, bajo su guía, lleve adelante este diálogo iniciado con gran seriedad en Alemania, ya antes del Concilio Vaticano II, y lo haga en la fidelidad a la fe gratuita, la cual comporta penitencia y disponibilidad a aprender escuchando.

En la humilde contemplación del misterio de la Divina Providencia y en el devoto escucha de lo que el Espíritu de Dios nos enseña hoy en el recuerdo de los acontecimientos de la época de la reforma, la Iglesia tiende a expandir las fronteras de su amor, para ir al encuentro a la unidad de todos aquellos que, mediante el bautismo, llevan el nombre de Jesucristo.

El Vaticano, 31 de octubre de 1983. IOANNES PAULUS PP. II